

EL PENSAMIENTO DE BELLO EN EL DISCURSO DE INSTALACION

por el prof. RAÚL HERNÁN SILVA

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la doctrina servil que todo lo recibe sin examen, y por otra a la desearreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más puros instintos del corazón humano, será sin duda, el tema de la Universidad en sus diferentes secciones.

Bello. "Discurso de instalación de la Universidad de Chile".

El tema del epígrafe, que muy bien puede constituir una muestra cabal del eclecticismo del ilustre humanista, revela uno de los aspectos fundamentales del famoso discurso con que se inaugura la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843. En efecto, el panorama cultural del país se ha enriquecido en esta época con la aparición de los brotes románticos y las polémicas que ellos conllevan. Pero en el discurso magistral de Bello no sólo parece existir una defensa implícita de los principios estéticos propios del neoclasicismo, sino, además, una exposición de la idea de la universidad en torno a los postulados sistemáticos de la Filosofía de la Ilustración. Estos dos aspectos, cuya separación sólo se justifica en virtud de un comentario ordenador, serán analizados con respecto al papel que ellos desempeñan en la misión y función de la nueva casa universitaria.

La estética neoclásica

La función del arte es discutida por Bello en este documento, aunque en general aparezca condicionada a los principios de utilidad que las disciplinas culturales pueden aportar en el desarrollo general. El genio de Bello no puede menos que notar, sin embargo, la desproporción que significa la adscripción ilimitada a los principios rígidos del neoclasicismo. El arte, al seguir principios estériles, al condenarse a las inútiles unidades, esteriliza en buena medida su posibilidad de expresión y restringe, por lo tanto, las manifestaciones espirituales de los tiempos nuevos. De este modo, el poeta se sentirá aprisionado "a nombre de Aristóteles y Horacio [a quienes se ha atri-

buido], a veces lo que jamás pensaron". Ello dista, no obstante, de una libertad anárquica que sólo permite creaciones desequilibradas del espíritu humano. Porque la fantasía debe buscar un orden que le permita encarnar el tipo de lo bello. Este arquetipo de belleza que pide el maestro, de larga tradición neoplatónica y revitalizada por el pensamiento naturalista del siglo XVIII, podrá ser descubierto "por la mirada de lince del genio completamente preparado", es decir, de aquel que posea los elementos pertinentes a una faena en que la espontaneidad será atributo del orden estético guiado por la razón.

Estos principios habían sido cultivados por Bello en dos de sus testimonios poéticos más señeros, "Alocución a la poesía" (1823) y "A la agricultura en la zona tórrida" (1826). Aunque ambos son igualmente significativos, nos ocuparemos del primero de ellos por la relación evidente que existe entre algunos postulados del discurso del polígrafo y la invitación a la Poesía para que traslade su misión a América. La estructura formal de estas dos silvas es de tipo neoclásico y está empapada de sus principios retóricos, además de entroncar con ese humanismo grecolatino que hace pensar a Menéndez Pelayo en Virgilio. La enumeración de los héroes americanos en la primera de ellas, recuerda al crítico español el desfile de las sombras de los romanos que muestra Anquises a su hijo Eneas en los Campos Eliseos (1). Si los mismos procedimientos poéticos permiten ubicarla en la escuela descriptivo-didáctica, derivada de Virgilio, también es identificable en ella la presencia de una poesía científica creada por



J. M. Rugendas: Trajes de gente de campo, 1840 (Col. Biblioteca Central U. de Ch.)

H. B. Darondeau: La Aduana de Valparaíso en 1836 (Col. Biblioteca Central U. de Ch.)



el siglo XVIII. La remisión que hace Bello a "Los paisajes de las cordilleras", de Humboldt, así lo comprueba (2).

Sin embargo, nos interesa comentar el motivo de esta invocación poética, el que permitirá después plantear la función de la cultura en América y luego, con Lastarria, el problema de la dependencia cultural de España. "Tiempo es que dejes ya la culta Europa, / que tu nativa rustiquez desama, / y dirijas el vuelo adonde te abre / el mundo de Colón tu grande escena" (3), pide el poeta. Luego veremos a Bello preocupado de la poesía no como un objeto de solaz más o menos retórico, sino como una función vital que alumbrará las tinieblas de la ignorancia, moviendo, al mismo tiempo, los resortes del progreso

Así, pues, la poesía y el arte en general deberán cumplir en América su gran papel civilizador. En el discurso del maestro es posible encontrar los mismos determinantes ideológicos, aunque ya se insinúe la necesidad de adaptar a una realidad *sui generis* toda la herencia cultural. Lastarria, poco después, trabó polémica impugnando a España por su oscurantismo en las colonias. Bello respondió, publicando en 1844, "Investigación sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", y luego, en 1848, "Autonomía cultural de América", en donde esta idea es aceptada abiertamente. Ello no significa la adhesión total a la actitud de los románticos, por cuanto éstos negaban de modo rotundo la importancia de la herencia cultural española. Bello es un humanista, un profundo conocedor de la tradición espiritual de Occidente y como tal, un convencido de que ella es imprescindible para el progreso de los territorios americanos. Así, pues, nunca aceptó la idea romántica y más bien la impugnó cuando decía que la importancia de España era la de haberse constituido en intermediaria de esa tradición espiritual. En el discurso de instalación de la Universidad va más lejos y le atribuye virtudes cívicas

develadoras de los profundos arcanos de la ignorancia: *¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de la libertad civil?, ¿no fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una época de larga oscuridad, por el espíritu humano?* (4).

Pero no es sólo su humanismo integral, su formación neoclásica, la que interviene y le ofrece los mejores elementos en la pugna de valores con los románticos incipientes, cuando defiende la herencia intelectual. Al postular la independencia cultural de América se hacen presentes todos los principios del empirismo inglés de la Ilustración. Para el racionalismo dieciochesco, el arte y la literatura son expresiones del estado social y político de los pueblos, y de este modo, en un terreno virgen, como es América, la integración cultural será el primer impulso que luego ha de permitir la expresión de valores propios (5).

El racionalismo naturalista

El mundo para el pensamiento de la Ilustración está sometido a un orden natural, el que para ser descubierto necesita del conocimiento, del entendimiento cultivado. Por medio de la experiencia se puede llegar a una visión de la armonía universal; en virtud de ella, al mismo tiempo, se resuelven los problemas de la ciencia, de la organización político-económica y, aún más, de la felicidad pública. *El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revelan en torno a la lámpara solitaria que alumbrá sus vigiliás. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza; para él solo se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas,* dice el maestro en su discurso (6). Los fundamentos naturalistas que explican el mundo no tienen directa relación con Rousseau o Buffon. La mayor fuerza del pensamiento ilustrado de Bello proviene de su formación inglesa y de

su conocimiento de Locke (había leído el "Essay concerning human understanding"), Hume y Bentham; a este último lo había traducido cuando su situación en Europa era lamentable desde el punto de vista económico. Ello explica el origen de su pensamiento, el que se prolonga hasta en "La Filosofía del Entendimiento", obra publicada póstumamente. Las ideas del racionalismo francés del siglo xvii divulgadas por los jesuitas, que desarrollan el pensamiento cartesiano, no le son familiares. Aquel sistema posibilitaba la idea de una metafísica basada en los principios mismos del ser. Bello estudia en "La Filosofía del Entendimiento" la psicología mental e inicia un análisis de la percepción, evidentemente influido por Locke. La falta de fundamentación ontológica de la misma, debe atribuirse al hecho de constituir un supuesto en la tradición del pensamiento ilustrado de los filósofos ingleses. Por lo demás, la tendencia sicgnoseológica es identificable en este caso, con la del propio Hume.

Para el racionalismo naturalista del siglo xviii la naturaleza es origen de todo bien, pero las ciencias y las artes sólo serán un medio que permita reencontrar el orden natural, el que en definitiva será explicado por un plano más profundo, cual es el de la razón. Esto llevará a algunos, es el caso de Voltaire, a un optimismo sin compromisos metafísicos, más bien basado en la conciencia que la humanidad debe tomar de sí para contribuir a su progreso general. El empirismo inglés coincide en general con estos postulados y llega en el caso de Bentham a construir un sistema político y social. De ahí a entender los problemas del dogma y de las ciencias, no hay mucha distancia. Bello insiste en estas profundas relaciones que informan la vida humana y sus menciones a la religión y la moral en la primera parte del discurso entroncan con la fundamentación naturalista y empírica del pensamiento ilustrado; él cree que *existe una alianza estrecha entre la revelación positiva y*

esta otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza (7).

La ilustración y el progreso

Profundamente relacionadas con lo anterior están las ideas del progreso de los pueblos, en virtud de la difusión de los conocimientos y el saber general. Es un concepto de herencia ilustrada aquel que nos indica la raíz de los males en la falta de conciencia de la realidad, cuando ésta se produce por la ausencia de un saber racional, de una cultura integral. La oposición de términos más usual en el siglo xviii se establecerá sobre la base de "las luces del saber", frente a "las tinieblas de la ignorancia". De este modo, un pueblo cuyas capas totales de la población tengan acceso a una instrucción y educación suficientes, estará en condiciones de conocer, auscultar, enmendar el origen de sus males. Cabe preguntarse entonces si las corporaciones literarias, las sociedades culturales, las universidades, son un instrumento apropiado en esta misión difusora de las luces hacia todos los estratos sociales. El propio Andrés Bello se responde: *Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta en una edad que es, por excelencia, la edad de la asociación y de la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia* (8). Si bien es cierto que las luces tienen una tendencia natural a expandirse, no lo es menos, que aquellas corporaciones culturales poseen opciones principales en esta misión divulgadora, por cuanto son depositarias del saber sistemático y su acción directriz es, por tanto, poderosa. Así, pues, *La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador* (9). Esta verdadera función social que ha de cum-

plir la Universidad, que implica la distribución racional del saber desde las alturas en que está situada, hasta los rincones más oscuros y olvidados del pueblo, revela los conceptos educadores de la Ilustración, y más aún, la actitud vital del siglo XVIII, que permitió en el orden social y político el despotismo ilustrado y en el campo filosófico y científico el conocimiento racional de la naturaleza para convertirla en fuente de bien público. *Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso* (10). A ello se debe que la Universidad de Chile asumiera en un comienzo, la tuición de todos los niveles de enseñanza en el país.

Dos aspectos serán fundamentales en la difusión de las luces y la consecución del progreso desde el nivel universitario: la instrucción literaria y la instrucción científica. La organización de las Facultades básicas de la Universidad de Chile obedece a esta necesidad. El ilustre humanista indicará entonces que el país debe incorporar el estudio de las ciencias positivas como el medio más seguro de desarrollo, en una república joven, cuyas riquezas y regiones naturales permanecen desco-

nocidas. El estudio de las letras permitirá la gran labor civilizadora imprescindible en el continente americano, heredero directo de la cultura occidental. Esta instrucción literaria y científica, de alto nivel, debe además alcanzar a los niveles menores en esta misión divulgadora de la Universidad, de modo que la recta verdad sea quien informe toda la vida ciudadana. *La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo* (11).

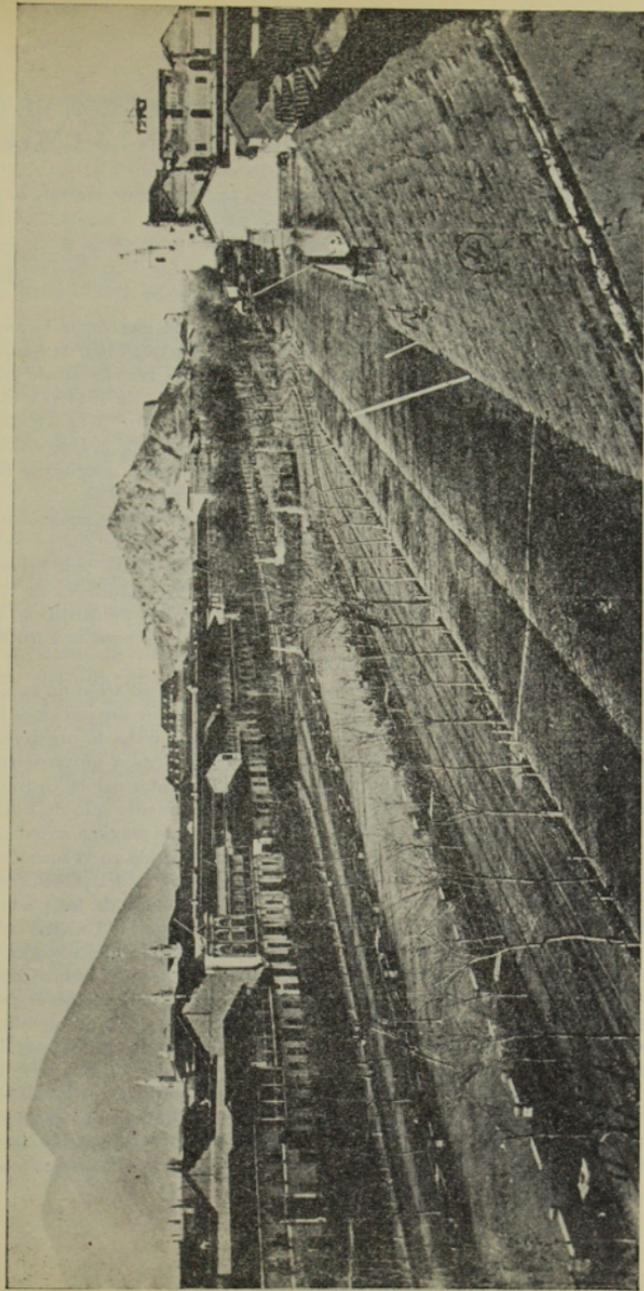
Estas son algunas de las principales ideas de Bello, expuestas en la instalación de la Universidad, y como se ha podido comprobar, están inmersas en su formación filosófica de herencia ilustrada; ellas, junto con revelar su clara adscripción estética y su formidable humanismo, llevan el sello del racionalismo empirista de la formación inglesa. Su vocación por las ciencias experimentales, su positivismo, por lo demás bastante mitigado, al decir de Menéndez Pelayo, conforman el cuadro ideológico del maestro, cuyos contenidos jamás desbordaron el eclecticismo esencial del más grande de nuestros didactas.

NOTAS

- (1) Menéndez Pelayo: *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. I, pág. 373 (1948).
- (2) Bello: *Alocución...*, pág. 41. Obras Completas, III (1883). Cita el mito de Huítaca y Nenqueutaba, según "Les vœux des cordillères", de Humboldt.
- (3) Bello: *Alocución...* Idem., pág. 38.
- (4) Bello: *Discurso...* Obras Completas, v. VIII (1885), pág. 303.
- (5) Este concepto alcanzará gran desarrollo con los románticos e informará los principios de la Filosofía del Progreso. Lastarria le dio gran importancia en sus ideas educacionales (Vid. Luis Oyarzún, *El pensamiento de Lastarria*).
- (6) Bello: *Discurso...*, Op. cit., pág. 306.
- (7) Id., pág. 304.
- (8) Bello: *Discurso...*, Op. cit., págs. 308-309.
- (9) Id., Op. cit., pág. 309.
- (10) Id., Op. cit., pág. 310.
- (11) Bello: *Discurso...*, Op. cit., pág. 313.

BIBLIOGRAFÍA

- 1 Bello, Andrés: *Alocución a la poesía*. In: Obras Completas, vol. III, Poesías. Santiago de Chile. Pedro Ramírez, impresor, 1883. [Edición hecha bajo la dirección del Consejo de Instrucción Pública]. Págs. 38-61.
- 2 Bello, Andrés: *Discurso de instalación de la Universidad de Chile*. In: Obras Completas, vol. VIII. Santiago de Chile. Pedro Ramírez, impresor, 1885. Págs. 303-318.
- 3 Amunátegui, Miguel Luis: *Vida de don Andrés Bello*. Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Chile, N° 1. [Santiago de Chile. Prensa Latinoamericana, 1962]. 463 págs.
- 4 Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana*. Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948. Vid.: vol I, *Venezuela*. Págs. 373 y sigs.
- 5 Zum Felde, Alberto: *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. El ensayo y la crítica. México. Editorial Guaranía, 1954. [Biblioteca de pensadores y ensayistas americanos]. Vid.: págs. 73 y sigs.



Fotografía de la Alameda de Santiago en 1868. Al fondo, a la derecha, la iglesia de San Francisco; a la izquierda, el Cerro Santa Lucía antes de su ornamentación